

COMUNICACIONES

THOMAS MANN: ¿GIGANTE, DINOSAURIO, AMBAS COSAS?*

En este 2005 se cumple medio siglo desde que Thomas Mann dejara de animar con su arte refinado y nunca trivial este mundo. El fallecimiento ocurrió en Kilchberg, cerca de Zurich, tras haber sobrepasado, luego de padecimientos de todo tipo, los ochenta años. Había pertenecido a una de las generaciones más notables que las letras alemanas proporcionaron a lo largo de su historia, por ejemplo, la de los épicos medievales de los siglos XII y XIII, la de los clásicos y románticos a caballo entre los siglos XVIII y XIX, con Goethe y Schiller como síntesis suprema. Y con Thomas Mann, ese descendiente de patricios y ricos comerciantes de Lübeck, la orgullosa ciudad hanseática, se intercalaban los nombres de Stefan George, Hugo von Hofmannsthal y Rainer Maria Rilke en la lírica, mientras que la prosa mayor estaba representada por Hermann Broch, Hermann Hesse, Franz Kafka, Robert Musil, Alfred Döblin, notabilidades mayúsculas. Sin olvidar a Heinrich Mann, el hermano mayor, nacido en 1875, cinco años antes que Thomas, y del que lo separaron, durante décadas, diferencias políticas e ideológicas, hasta que la lucha contra Hitler volvió a juntarlos.

Y si intentamos, porque ahora estamos en condiciones de hacerlo, ofrecer un balance entre ese antes y este ahora, quizá tenga cierta justificación el título de estas líneas. Es harto sabido que todas las comparaciones son odiosas, como también que en el mundo del arte no existe, esencialmente, el llamado “progreso”, pero resulta inevitable que cada época se adueñe de una perspectiva propia. Esto es asimismo obvio guste o no. De allí el problema y la utilidad de cualquier

*Homenaje a Thomas Mann, a cincuenta años de su muerte. Comunicación leída en la sesión ordinaria 1214.ª, del 23 de junio de 2005.

comparación. Porque obliga a sopesar a calibrar, a establecer juicios, por más provisorios que éstos puedan ser.

Examinada la cuestión de otro modo, la pregunta podría formularse así: ¿Por qué Thomas Mann no es ahora leído, solo mencionado, y por encima? ¿Lo hemos “superado”, es aburrido, abstruso, abstracto, demasiado complicado? ¿Demasiado teutónico, quizá? Dudas estas que no se ofrecen en presencia de Shakespeare, Cervantes o Dante. Tal vez, porque estos autores, aunque reflejan y representan la propia parcela del tiempo que les tocó vivir, ensanchan y ahondan su mensaje hasta el territorio de lo universal, lo “desbordan”, si se me permite la metáfora fluvial, conforman un todo compacto, al lado del cual Thomas Mann y sus ilustres compatriotas contemporáneos se ven como acotados dentro de la circunstancia alemana. Sin perjuicio ello de la amplitud de una ficción épica, que se instala en tiempos bíblicos y míticos, según ocurre en la tetralogía de José, en el corazón de la Edad Media, en *El elegido*, cuando alguien impensable se convierte en Papa, en torno a la figura siempre modélica de Goethe, en *Carlota en Weimar*, en la estricta contemporaneidad que se da en *Los Buddenbrooks*, su gran iniciación de 1899, o más tarde en 1912 con *La muerte en Venecia*, la *nouvelle* perfecta o en la épica, también contemporánea del *Doctor Faustus*, con sus reminiscencias de Nietzsche que roza la sangrienta tragedia desencadenada por Hitler, o *La montaña mágica*, aludida en el tema por Ulises Petit de Murat en su novela *El balcón hacia la muerte*. Por razones de tiempo y espacio, omitimos la mención de sus obras menores, no tan menores, de la que *Tonio Kröger* es un buen ejemplo. Junto a lo que vendrá a continuación, o de lo que paralelamente se desarrolla en la literatura alemana, Thomas Mann puede ser calificado como un auténtico gigante, con las excepciones de los autores mencionados anteriormente.

Un escritor de grandes dimensiones, un creador de atmósferas, situaciones y personajes inolvidables, un indagador de temas, o de problemas difíciles de resolver, tales son los aportes fundamentales de nuestro autor. Recuérdese, por ejemplo, por más que se trate de una figura secundaria, a Myneherr Peeperkorn, y disfrutando en el sanatorio de Davos de la vida, del amor, de la enigmática, hermosa y exótica Claudia Chauchat, así como también de las extáticas y brumosas divagaciones, que conforman una amable caricatura del amigo mayor de Mann, Gerhart Hauptmann, el más relevante dramaturgo alemán de

su época, y quien le allanó el camino para que, en 1924, le fuera conferido el *Premio Nobel*, curiosamente por *Los Buddenbrooks*, que había aparecido un cuarto de siglo antes. Gigante también porque, con el espectáculo que el tiempo actual ofrece, los novelistas, aun los mejores, suelen mostrar, en lugar de un mundo homogéneo, el espectáculo de otro, fragmentado, hecho pedazos, compuesto de mosaicos o residuos en el desarrollo y descripción de meros rincones, a veces, nauseabundos, de lo que solíamos llamar espíritu humano. Los grandes problemas, dicho sea de paso, parece como si no tuvieran un lugar adecuado en los términos de la inmensa mayoría de la novelística actual. La permanente discusión thomasmaniana entre las atribuciones y los conflictos generados por el choque entre espíritu, naturaleza, vida y arte, su examen escrupuloso entre la inevitable decadencia de generaciones e individuos, influida fuertemente por Nietzsche, Schopenhauer, y los épicos rusos, sus exploraciones acerca de la realidad tienen lugar en las páginas acabadas, al igual que en los párrafos ejemplares y contundentes del autor de *Tristan* y *Las cabezas trocadas*. Allí la problemática humana es puesta en otra órbita, la de lo humano-simbólico, cuya corriente sopla con persistencia bajo la superficie de lo aparente. Y conviene recordar, frente a los paladines de los sistemas académicos y de la formación rabiosamente erudita, que nuestro autor no fue capaz de completar sus estudios secundarios, y que, junto con el hermano Heinrich se habían estrenado en la revista humorística *Simplicissimus*, publicada en Múnich y regentada por un dibujante genial, Olaf Ullbranson. Gigante también porque su obra prosística, como asimismo los fundamentales ensayos, se vertebran a través de ideas-fuerzas, tal cual se percibe, en primer lugar, en la plasmación del ideal de Humanidad, que incluye en Mann los valores positivos de una burguesía decente, de la que él mismo provenía, como asimismo de la naturaleza ambigua del arte, el aporte de lo enfermo, que no soslaya el papel de la música, de Wagner, al que hace oscilar entre la admiración y el rechazo (otra vez Nietzsche), la inserción de la tolerancia, la compasión por la frágil criatura humana, el papel de la bondad en las relaciones entre los hombres, a años luz, claro está, de cualquier moralismo o dogma. Y este programa, esta indagación en la que los extremos se evitan, es realizada (y esta es una virtud no demasiado frecuente en la literatura alemana), por el uso del humor, que irrumpe en gran estilo en la monumental tetralogía de José, ese

humor que permite ver a personas y cosas desde una perspectiva de comprensión y perdón, a través de la sonrisa amable y de la ironía, que no solo distancia los hechos para poder examinarlos mejor, invirtiendo su sentido llano sino que llega a los límites de lo soportable en sus ensayos, discursos y manifiestos, como el memorable *Hermano Hitler*, o su respuesta al decano de Filosofía de la Universidad de Bonn, al habérsele despojado por disposiciones del régimen nazi, del doctorado honoris causa que esta universidad renana le había otorgado en tiempos de la república de Weimar. Es que Thomas Mann, atacado en su dignidad, podía aniquilar en forma categórica a cualquier enemigo que se le cruzara en el camino. Su retórica tan rica, poderosa y eficaz, puesta en obra, podía denostar en forma aplastante, a cualquier adversario. Y fue también gigantesco en esta tarea, robándole el tiempo precioso a sus tareas literarias, que le proporcionaban tanto placer y honores, en su constante y denodada lucha contra el nazismo, acerca de cuyos peligros y funestas consecuencias supo alertar desde muy temprano. En el fondo, tras veinte años de exilio y de soportar injurias de toda clase por parte de los sicarios del régimen, nunca le fue posible perdonar del todo al pueblo alemán por su largo apoyo a Hitler y la insensibilidad humana que esa actitud conllevaba. Porque el nazismo no solo era un crimen en sí mismo, significaba una estupidez intolerable. A diferencia de tantos escritores de espinazo flexible, Mann, lo mismo que su hermano Heinrich y el resto de su familia, nunca claudicó. Por esa causa, junto con escasos colegas, renunció inmediatamente, tras la toma del poder por Hitler en enero de 1933, a su carácter de miembro de la sección de literatura de Prusia, cargo del que se sentía justamente orgulloso por la calidad intelectual de algunos de sus colegas. Y fue incapaz, como sí lo hicieron algunos, de tender puentes de plata. Simplemente se fue, para regresar bastante después de haber concluido la guerra, cuando su patria estaba no solo destruida, sino política y espiritualmente partida. Y prefirió, según dijimos, morir en Suiza, al igual, dicho sea de paso, que su colega y amigo Hermann Hesse, un antiguo residente de la república helvética.

Por otra parte, el padecimiento y los ardores de la lucha diaria contra el despotismo no lo privaron de la alegría suprema de la creación artística. *La tetralogía de José, Carlota en Weimar y El doctor Fausto* escrita en los Estados Unidos, donde la casa instalada en Pacific Palissades, en California, era punto de reunión de tantos refugiados,

algunos de los que, como Bertolt Brecht, lo detestaban. Y prueba de su temple lo constituía ese humor, esa alegría específica que tantos de sus libros solían irradiar. Thomas Mann no hubiera podido afirmar que la escritura era una especie de sacrificio, de tortura insoportable. Su honestidad intelectual no se lo hubiera permitido, porque este incomparable indagador del mundo psicológico era incapaz de hipocresías. Tenía el don y lo utilizó hasta el fondo, un fondo quizá insondable por la extensísima galería de temas, tiempos y personajes que abarcó.

También me tomé el atrevimiento de agregar al título lo de dinosaurio. Un dinosaurio enormísimo, casi infalible, veloz y demoledor, debería agregar. Pero en estos últimos cincuenta años, el mundo, y el mundo del arte, se han movido mucho, posiblemente en forma irreversible. ¿Quién sería capaz, a la fecha, de trasladar a las palabras, del modo más hondo y asombroso, la última partitura del malogrado músico Adrian Leverkühn, el torturado héroe del *Doctor Fausto*? ¿O los últimos momentos de la vida del amable, simpático y querible Hans Castorp, el joven patricio hamburgués, que tras su estadía en el sanatorio de Davos, es atraído por la vorágine de la Primera Guerra Mundial, mientras la revelación de la Verdad (con mayúsculas) se precipita sobre su persona? La calificación de dinosaurio podría tener cierta legitimidad, porque esa especie (también en el universo de la literatura actual) prácticamente ha desaparecido de nuestro horizonte. A Thomas Mann se lo cita ahora de vez en cuando, y se lo ignora con tenacidad. Quizá sea porque su peso es demasiado abrumador para nuestros débiles hombros de habitantes de un mundo disgregado y a contramano de ese espíritu que Mann poseyó con creces y nutrió largamente durante mas de cincuenta, años para ofrendárnoslo gozosamente.

Y tal vez el destino haya obrado juiciosamente cuando registramos que la última obra de Thomas Mann, una novela, naturalmente, fue *Las confesiones del estafador Felix Krull*, una travesura iniciada a partir de 1911, finalizada poco antes de su fallecimiento, en la que priman ese buen humor, esa ironía punzante y maliciosa, pero no maligna, que lo acompañó a lo largo de su existencia. Una despedida nada indigna de su genio abarcador, por lo demás.